

El modelo regional de poder en Puebla entre 1937 y 1965. Un examen crítico de su historiografía

RESUMEN

A partir de una lectura historiográfica, el artículo examina las condiciones que marcaron el desarrollo político en Puebla entre 1937 y 1965. Al mismo tiempo, hace hincapié en los procesos de recomposición de la élite política local y la afirmación de una estructura de poder que se fundó a partir de los cacicazgos, el clientelismo y las relaciones familiares. El trabajo es revisionista; por lo tanto, analiza y resignifica las visiones y argumentos de la historiografía política regional en el sentido de que éste fue estable y eficiente entre 1937 y 1965. El estudio sugiere que la muerte de Maximino Ávila Camacho afectó sustancialmente la estructura de poder que se configuró durante su mandato y, al mismo tiempo, explora la trascendencia e impacto que esto tuvo en el declive de la estructura de dominación que él gestó a partir de 1937.

PALABRAS CLAVE: REVISIÓN, PODER, PATER, CACIQUE, PATRONAZGO

ABSTRACT

The article examines, to leave a new reading historiography, the conditions that involved the political development in Puebla between 1937 and 1965. At the same time, emphasizes the processes of structuring of the local political élite and the affirmation of a power structure that was founded from the chieftainships, the patronage system and the family relations. The paper is a review, therefore analyze and gives to the visions a new meaning and arguments of the regional political historiography in the sense that this was efficient and stable between 1937 and 1965. The study suggests that the death of Maximino Ávila Camacho affected substantially the power structure that it was configured during his mandate and, at the same time, explores the impact and transcendence that this had in the slope of the structure domination that he gestated from 1937.

KEYWORDS: REVIEW POWER, PATER, HEADQUARTERS, OVERLORD

EL MODELO REGIONAL DE PODER EN PUEBLA ENTRE 1937 Y 1965. UN EXAMEN CRÍTICO DE SU HISTORIOGRAFÍA

JOEL RUIZ SÁNCHEZ*

INTRODUCCIÓN

La historiografía política regional en México ha puesto mucho énfasis en los cacicazgos y su influencia en los entornos políticos locales a partir del control y dominio que sobre las estructuras de poder ejercieron éstos en el transcurso del tiempo.¹ La discusión transitó de los enfoques tradicionales que pusieron el acento sobre el papel mediador que tuvieron estos personajes entre el poder estatal y el nacional, fenómeno que, por cierto, se sustentó en cierto liderazgo de tipo informal que ha sido característico de la política mexicana, a aquellos que han manifestado que los cacicazgos combinan una serie de rasgos modernos y tradicionales resultado de una práctica política específica.² En este enfoque se privilegió una visión de conjunto que pretendió ver al cacique como un agente que se constituyó como importante mecanismo de articulación al sistema político y económico global, es decir, articulado al estado nacional y a la economía capitalista moderna.

En este tenor, consideramos que las dos posturas han aportado elementos para avanzar en la comprensión de las heterogeneidades regionales. Sin embargo, es importante recalcar que aún quedan muchas interrogantes por resolver y muchas vetas por explorar. La descripción de las estructuras políticas centradas en los ca-

* Profesor investigador de la Universidad del Papaloapan, campus Tuxtepec. Maestro en sociología, ICSYH-BUAP; doctorante en historia, ICSYH-BUAP. Correo electrónico: jruiiz@unpa.edu.mx

¹ En Puebla, la historiografía política centrada en un cacicazgo en particular, el de Maximino Ávila Camacho, está representada por Jesús Márquez Carrillo, Sergio Valencia Castrejón y Wil Pansters, principalmente, aunque existen otros trabajos que abordan de manera general tal fenómeno. Entre ellos destacan los de Gutiérrez Herrera y Patrice Melé, además de algunas tesis de grado.

² Los partidarios del primer enfoque hacen hincapié en el carácter tradicional del fenómeno del cacicazgo mexicano, ubicándolo en una perspectiva de mediador político de corte carismático. Podemos mencionar a Francois Chevalier, Moisés González Navarro, Paul Friedrich, Edward Hansen, Wayne Cornelius, y Roger Bartra. En el segundo grupo tenemos a Alan Knight, Gilbert M. Joseph, Carlos Martínez Assad y Romana Falcón. Ellos coinciden en que el cacicazgo es un fenómeno sui géneris que combina rasgos modernos con prácticas de corte tradicional que han determinado su naturaleza.

cicazgos, el corporativismo y las relaciones entre el poder y sectores sociales no nos ha permitido ver con toda claridad cómo se reprodujeron las élites regionales en el periodo de la posrevolución, sobre todo en sus dinámicas grupales y familiares. En este tenor, es imperativo para los estudios de caso tomar en cuenta los elementos socioculturales que han permitido la preeminencia de determinados tipos de dominación y, sobre todo, aquellos mecanismos que contribuyeron a la transmisión de ese poder político, que a su vez se cristalizó en una dominación de corte familiar. El estudio y análisis de las familias políticas biológicas³ que se conformaron desde el ámbito regional constituye, a nuestro juicio, una de las principales vetas por estudiar a partir de lo expuesto en las líneas anteriores.

En algunos estados, los cacicazgos tuvieron mayores repercusiones que en otros, en lo fundamental porque las instituciones federales fueron incapaces de cubrir y llenar esos espacios, o simplemente porque los toleraron por conveniencia recíproca. En este sentido, esas regiones configuraron esquemas de dominación cuyos rasgos más notables fueron los tintes patrimonialistas que se instituyeron a la hora de ejercer el poder. Esta forma tan peculiar de concebir y ejecutar la política convivió con prácticas institucionalizadas que permitieron la emergencia de grupos de poder que monopolizaron los mecanismos de acceso a los cargos públicos. Así, muchos sistemas políticos regionales enmarcados en el periodo de la posrevolución configuraron las condiciones idóneas para el surgimiento de tal estructura de dominación.

La historiografía y la sociología política han dado cuenta de muchos de estos procesos en la perspectiva regional. Para el caso de Puebla, se cuenta con una buena cantidad de trabajos que han puesto de manifiesto las vicisitudes de las tramas políticas enmarcadas por este fenómeno, lo que constituye un esfuerzo importante de comprensión de las particularidades del caso en cuestión. Sin embargo, quedan aún niveles por explorar e interrogantes por resolver. Una de ellas es la que explora el presente trabajo, a saber, reinterpretar, a la luz de nuevas evidencias, los mecanismos de ingreso a la élite política local y, sobre todo, la influencia e impacto que tuvo la presencia del cacicazgo de Maximino Ávila Camacho en Puebla, quien hegemonizó los procesos de selección y acceso

³ Las familias políticas biológicas son unidades sociales basadas en lazos de sangre y matrimonio; incluyen padres e hijos, así como hermanos y primos, fundamentalmente (Balmori: 1994: 14). En Puebla, las familias políticas biológicas han sido muy importantes en los esquemas de dominación regional; el ejemplo más palpable lo constituye la familia Ávila Camacho. Uno de ellos fue presidente de México, y otros dos, gobernadores del estado y funcionarios federales en distintas administraciones. También tenemos otros ejemplos interesantes como los Bautista y Merino Fernández, entre otros casos.

a los cargos públicos desde el momento en que tomó las riendas del gobierno del estado; esto último, a mediados de la década de los treinta. Asimismo, el trabajo explora las consecuencias que trajo su muerte en el desarrollo posterior del sistema político local.

En este tenor, el trabajo reinterpreta y da un nuevo giro a los argumentos dominantes sostenidos por la literatura en cuestión acerca de que el modelo se mantuvo vigente y estable hasta los setenta. Sostenemos, por el contrario, que el esquema de dominación fue eficaz durante el tiempo en el que Maximino ejerció su cacicazgo; a su muerte, comenzaron a presentarse signos claros de desequilibrio que provocaron su paulatina degradación en los años sucesivos. El trabajo es de corte revisionista, por lo que no se sustenta en fuentes documentales ni empíricas, sino más bien en la literatura existente sobre el tema. La temporalidad de referencia en la que se inserta el análisis comprende el periodo del denominado avilacamachismo poblano, es decir, el que va de mediados de la década de los treinta a mediados de los sesenta. Creemos que este análisis revisionista era necesario, puesto que no existe hasta el momento examen crítico alguno sobre uno de los periodos históricos mayormente estudiados por la historiografía política regional en Puebla.

PANORAMA GENERAL DE LOS CONFLICTOS Y LA MOVILIDAD POLÍTICA EN PUEBLA EN LA DÉCADA DE LOS VEINTE

La Revolución mexicana produjo cambios sustanciales en el ámbito político, social y cultural del país. Se disolvieron los cimientos del antiguo régimen y la clase política que dominó durante el Porfiriato fue sustituida paulatinamente por los caudillos revolucionarios. El periodo comprendido entre 1910 y 1928 fue de una intensa lucha de facciones en la que estuvo en juego el poder político nacional. Este hecho provocó un vacío de poder que sólo fue llenado a finales de la década de los veinte (Sánchez López: 1992: 43).

En algunas entidades, las repercusiones de estos hechos fueron sumamente negativas. El ejemplo de Puebla constituye uno de los muchos casos al respecto, ya que la situación en el periodo de referencia fue por demás caótica (Hernández Enríquez: 1987: 74). Desde mediados de los treinta, la entidad experimentó también un proceso de reconfiguración de su clase política, por lo que pasaron a dominar el panorama político los caciques regionales y locales que habían luchado en distintas facciones durante el proceso armado (Juárez Lucas: 1999: 25). Asimismo, la emer-

gencia de actores políticos provenientes de la clase media ilustrada fue un factor de primer orden que tuvo incidencia en la dinámica política regional.

Las ambiciones políticas de los distintos grupos que se disputaron el poder en la entidad provocaron una inestabilidad política de grandes proporciones. Todos aspiraron a conducir las riendas del estado, pero ninguno estuvo dispuesto a celebrar acuerdos y consensos para convivir y remediar la grave situación que prevaleció en ese momento.

El desfile de gobernadores en el decenio de los veinte fue el resultado del vacío de poder en territorio poblano, pues la gobernabilidad fue más que imposible debido a los constantes conflictos y pugnas grupales.⁴ Algunos gobernadores fueron obligados a dejar el cargo ante las constantes presiones por parte de facciones antagónicas (Juárez Lucas: 1999: 35). El recurso de la violencia fue un elemento al que se recurrió con mucha frecuencia para desestabilizar a distintos gobernadores del periodo.

La inestable situación política que se experimentó en territorio poblano en estos años resulta incomprensible si no la vinculamos con los sucesos de la arena nacional. Las constantes asonadas y revueltas faccionales que se desarrollaron desde los inicios de los veinte tuvieron ecos insospechados en el escenario local en la medida en que aún estaban vigentes los vínculos de las facciones regionales con las nacionales.

Los fuertes vínculos que mantuvieron los caciques con las facciones nacionales explica en parte el hecho de que la dinámica política local haya estado sujeta a los designios y derroteros del contexto nacional, aunque, ciertamente, con sus propias particularidades. La tenaz lucha por el poder y la limitada intervención de los gobiernos, especialmente de Obregón y Calles, produjo una fragmentación política de grandes proporciones.

La debilidad y falta de consenso de la mayor parte de los gobernadores que se sucedieron en la década referida fue aprovechada por los caciques locales para disputar los espacios de poder a los gobiernos estatales establecidos. En la mayor parte del territorio poblano, la presencia de poderosos caciques constituyó un desafío para la ansiada estabilidad política.⁵ (Juárez Lucas: 1999: 49)

⁴ En el transcurso de los años veinte, alrededor de 16 gobernadores se sucedieron en el poder en la entidad. La situación se prolongó hasta finales de la década con la llegada de Donato Bravo Izquierdo al poder. Si embargo, la anhelada paz social sólo llegaría con el gobierno de José Mijares Palencia en los primeros años de la década de los treinta, consolidándose durante el régimen de Maximino Ávila Camacho.

⁵ Los distintos caciques de las regiones del territorio poblano habían luchado en la Revolución mexicana, y al dejar las armas, se convirtieron en los hombres fuertes debido a la legitimidad que habían obtenido por su participación en los hechos armados. Estos hombres fueron parte fundamental en la lucha de facciones que se desarrolló durante los años veinte en la entidad.

No fue hasta finales de la mencionada década cuando el panorama político empezó a transformarse, fundamentalmente porque la marcha de los acontecimientos nacionales requirió de un estado fuerte y centralizador que empezó a fungir como árbitro en la resolución de los conflictos políticos (Sánchez López: 1992: 56). En Puebla, con la llegada de Donato Bravo Izquierdo a la gubernatura, en 1929, se sentaron las primeras bases para la aparición de una etapa de estabilidad, pero el proceso de institucionalización fue sumamente lento, de forma tal que sólo se consolidaría en la segunda mitad del decenio de los treinta, cuando llegó al poder Maximino Ávila Camacho.⁶

LAS FORMAS DE DOMINACIÓN EN PUEBLA ENTRE 1937-1971. UNA CRÍTICA A LOS ARGUMENTOS DE LA HISTORIOGRAFÍA REGIONAL

La Revolución mexicana provocó una reconfiguración en las estructuras de poder en los ámbitos nacional y regional. La nueva forma que asumió la geografía del poder inmediatamente después de la lucha armada que desplazó del poder a Porfirio Díaz fue por demás compleja, pues surgieron muchos caciques regionales que monopolizaron los mecanismos de acceso al poder (París Pombo: 1999: 5). Como ya se ha mencionado en párrafos anteriores, Puebla experimentó un proceso de reconfiguración de sus instituciones políticas y de gobierno con la llegada de los sonorenses al poder, y particularmente con el arribo de Calles a la silla presidencial. Ya se ha descrito que en la primera mitad de la década de los veinte la región fue trastocada por la ola de pugnas y conflictos que se desarrollaron en el escenario de lucha faccional. Esa fragmentación política fue decisiva en el rumbo que tomó el juego político de la entidad en la segunda mitad del decenio de los treinta, porque su superación fue posible gracias a la formación de un cacicazgo que se constituyó sobre la base de un fuerte núcleo familiar, el cual trascendió sus fronteras en la medida en que pudo rodearse de una poderosa camarilla política.

Antes, la presencia de un sinnúmero de líderes locales y regionales con una propensión a actuar independientemente no permitió de modo alguno la aparición de un gobierno fuerte y centralizador para conformar una incipiente gobernabilidad, sobre todo, por medio del ejercicio de la violencia y el terror. A pesar de que a muchos

⁶ La designación de Bravo Izquierdo fue de cierto modo un recurso para frenar al agrarismo poblano, que se había caracterizado por su combatividad. En este sentido, la encomienda del gobernador fue debilitar la presencia de los líderes del movimiento que inició el cacique Manuel P. Montes en la región de Atlixco (Sánchez López: 1992: 67).

de ellos se les liquidó físicamente como parte de la arrogancia del poder, algunos descendientes directos aparecieron más tarde y resultaron figuras importantes en el escenario político estatal. Tales fueron los casos de Manuel P. Montes y Francisco Barbosa; sus hijos, Antonio y Miguel, continuaron con el predominio sobre las zonas de San Martín Texmelucan y Ajalpan, respectivamente (Juárez Lucas: 1998: 45).

Así pues, si la fundación del Partido Nacional Revolucionario (PNR) en 1929 redefinió en gran medida la estructura de poder nacional en términos políticos, ya que apareció en este escenario un discurso que tendió hacia la unificación de las élites políticas nacionales y el control sobre el movimiento obrero y campesino, en el estado de Puebla no se desarrolló una transición con base en esos parámetros, sino más bien un tránsito más lento hacia los procesos de unificación y corporativización. En este proceso, influyeron sobremanera la fragmentación política tan aguda que se experimentó en los años anteriores, las características geográficas que hacían muy difícil un control territorial efectivo y directo y la capacidad mediadora de estos personajes que, además, seguían teniendo una importancia significativa para los distintos gobiernos estatales (Ruiz Sánchez: 1998: 48).

Los procesos de modernización política e institucional que se instauraron con las reformas que dieron origen al PNR sentaron las bases para que los caciques empezaran a experimentar en el ámbito nacional una reconfiguración. Para Pansters, el perfil del cacique tradicional comenzó ser sustituido por otro con características distintas (Pansters: 1998). Según el autor, los caciques empezaron a transformarse y tendieron a modificar su condición de líder informal asociado al medio rural y con un radio de acción definido. Comenzaron a surgir entonces los caciques burocráticos que, según éste, fueron más modernizados, pues su radio de acción fue lo mismo el medio rural que el urbano (Pansters: 1998:73-74). Además, tenían cierta instrucción, lo que les permitió asumir un conjunto de expectativas sustancialmente distintas a las de sus predecesores (Pansters: 1998: 76). En este sentido, coincidimos parcialmente con la tesis del autor, pues es cierto que en Puebla surgieron a principios de los treinta caciques burocráticos, pero éstos se desarrollaron fundamentalmente en el medio urbano, por lo que se convirtieron en mediadores entre actores y niveles. No obstante, ello no extinguió en absoluto la presencia de caciques tradicionales en la región, y prueba de ello fue que el poder siguió estando en manos de un pequeño grupo de individuos que extendieron y controlaron los mecanismos de acceso al

poder en el interior del estado, principalmente en las zonas rurales.⁷ Muchos formaron parte de la camarilla política reclutada por Maximino Ávila Camacho a su llegada al poder en 1937.

Asimismo, algunos caciques tradicionales que a priori dominaban en el interior del estado cedieron su posición a descendientes; sin embargo, fue notoria la persistencia en Puebla de caciques cuyos rasgos correspondían más al cacique tradicional, que –según Pansters– fueron desplazados del poder en esta etapa (Pansters: 1998). Es cierto que los nuevos escenarios de la posrevolución reclamaron un tipo de cacique con capacidades y estrategias distintas que pudieran operar en un espacio territorial más amplio y diversificado. Sin embargo, coincidimos con los señalamientos de Sergio Valencia Castrejón, quien ha sostenido que los distintos gobiernos locales, y en particular el de Maximino Ávila Camacho, tuvieron una base de apoyo fundamental mediante la alianza y cooptación de estos caciques tradicionales⁸ (Valencia Castrejón: 1995). Los caciques burocráticos fueron los que pasaron a formar parte de la administración gubernamental, la cual se constituyó en un sector importante que gradualmente ganó terreno en la esfera política. Tenemos casos relevantes, sólo basta mencionar los de Blas Chumacero y Antonio J. Hernández.⁹ Es cierto que los caciques burocráticos contribuyeron junto con Maximino Ávila Camacho a crear una estructura vertical y jerárquica del poder político. No obstante, no hay que perder de vista que los caciques tradicionales, sobre todo los del medio rural, siguieron siendo importantes para afianzar tal estructura de dominación, por lo que no fueron

⁷ En el interior del estado, se desarrollaron una gran cantidad de cacicazgos, algunos de los cuales lograron trascender el tiempo, así como los cambios y transformaciones políticas. Un examen acucioso de la dinámica política poblana da cuenta de la dimensión e importancia del fenómeno descrito. No es coincidencia que nos encontramos apellidos que se repitieron a lo largo del tiempo, lo que demuestra que un número reducido de familias monopolizó el poder político en la esfera regional.

⁸ Un ejemplo del fenómeno descrito lo constituyó la alianza que estableció Maximino Ávila Camacho con el cacique Rosendo Cortés, de Calchicomula. Además, otros personajes con características similares fueron parte del mismo proceso, entre ellos, Miguel Barbosa, de la región de Ajalpan, así como José Martínez Castro, de la zona de Tecamachalco.

⁹ Blas Chumacero y Antonio J. Hernández fueron líderes sindicales que desarrollaron sus carreras políticas a partir de sus nexos con el gobierno. Coadyuvaron en el proceso de corporativización del movimiento obrero poblano durante el gobierno de Maximino Ávila Camacho. Los dos constituyen ejemplos de cacicazgos burocráticos en el escenario estatal.

desplazados de golpe, tal como lo han sostenido Pansters y otros autores de la tradición historiográfica regional.¹⁰

Este fenómeno necesita ser reinterpretado en términos historiográficos y sociológicos, pues puede aportar luces importantes que nos permitirían entender de mejor manera la dinámica del juego político poblano en esta etapa. Evidentemente, las condiciones antes mencionadas ocurrieron en el contexto de la consolidación del sistema político posrevolucionario, es decir, desde mediados de la década de los treinta. En este contexto, aparecieron en Puebla algunos individuos que reprodujeron entre 1937 y 1977 un patrón de participación política familiar que rebasó inicialmente tal pretensión al incorporar a individuos que no necesariamente pertenecían a un determinado grupo familiar. En este proceso participaron caciques tradicionales y burocráticos. Los casos de Maximino Ávila Camacho y Gonzalo Bautista corresponden a los dos perfiles mencionados.

El caso de Maximino Ávila Camacho es paradigmático; todos los autores que han estudiado su gobierno, incluyendo a Pansters, coinciden en que éste fue el artífice de un modelo regional de poder que se sustentó en la confluencia de los intereses de las clases dominantes, específicamente la jerarquía eclesiástica y la cúpula económica regional. Coincidimos con ellos en el sentido de que tal estructura de dominación tuvo como antecedente un proceso de disciplinamiento de los grupos políticos locales que originalmente estuvieron en su contra. Para ello, hizo uso de la violencia y la intimidación, lo que le permitió a su vez imponer las reglas del juego político. El control que realizó de los aparatos político-administrativos también fue importante para consolidar y garantizar tal esquema de dominación; sin embargo, empezó a constituirse un modelo de participación política familiar que se convirtió en una de las principales características del modelo de poder regional en esa época. Este aspecto no ha sido suficientemente valorado por la historiografía regional.

El análisis de las formas de dominación regional, tomando como referencia teórica el concepto de familias políticas biológicas, nos ofrece la posibilidad de entender una de las formas de sociabilidad política más recurrente en el sistema político mexicano, y particularmente en los escenarios regionales como el poblano. La familia Ávila Camacho, con Maximino a la cabeza, formó parte de un proceso

¹⁰ Para estos autores, entre quienes se cuentan el mismo Pansters y Patricio Juárez Lucas, los caciques tradicionales perdieron parte de su importancia durante los años treinta, principalmente por la emergencia de caciques burocráticos ligados con el movimiento obrero, sobre todo en el gobierno de Maximino Ávila Camacho. Los datos sugieren que esto no es del todo cierto, pues el general teziuteco gobernó en buena medida con el apoyo de los primeros; basta señalar los casos de Rosendo Cortés, cacique de la región de Chalchicomula y el de Miguel Barbosa, amo y señor de la región de Ajalpan-Tehuacán.

complejo que entrelazó distintos intereses en el ámbito local, pero también en el federal. La estructura y modos de actuación de las formas sociopolíticas de dominación tuvieron como referente fundamental un modo particular de patronazgo político instaurado por éste. En este proceso, más allá de las alianzas estratégicas que realizó con sectores sociales afines a su proyecto, fueron sustanciales las redes políticas que tejió desde el ámbito familiar, pues su hermano Manuel fue un factor importante por medio de sus relaciones con el poder nacional, lo que a la luz de los hechos explica por qué en Puebla se desarrolló tal esquema de dominación, con un uso excesivo de la violencia como instrumento para lograr imponer su cacicazgo político.

El fenómeno descrito se extendió durante el gobierno de su sucesor, Gonzalo Bautista Castillo, en el que se observó una continuidad de aquellos aspectos y elementos que marcaron al gobierno de Maximino Ávila Camacho, a saber, corporativismo, cooptación de líderes de sectores sociales mediante la violencia, así como desarrollo de acciones autoritarias y represivas. Ello, en el contexto de la presidencia de Manuel Ávila Camacho. En el periodo de gobierno de Carlos I. Betancourt, quien relevó a Bautista Castillo, las cosas no fueron esencialmente distintas. Se continuó con el descabezamiento de líderes opositores y la cooptación de cualquier tipo de disidencia política.

Por su parte, Gutiérrez Herrero plantea que el agotamiento y desgaste de las pautas de dominación instituidas por el primogénito de los Ávila Camacho, y que fueron adoptadas por sus discípulos, llegó en la medida en que el desarrollo desigual entre economía y política imposibilitaron su continuidad (Gutiérrez Herrero: 1989: 49). Asimismo, la expansión urbana y el surgimiento de fuerzas de oposición que pugnaron por canales de participación avalados por el marco institucional fue otro de los aspectos que resalta el autor, junto con otros estudiosos del periodo.¹¹ Sin embargo, si bien es cierto que desde finales de los cincuenta, y sobre todo en los sesenta, la situación política se caracterizó por la aparición y convergencia de los fenómenos descritos, es importante señalar que los síntomas de desgaste aparecieron desde principios de los cincuenta, una vez que tomó posesión como gobernador Rafael Ávila Camacho. El divisionismo empezó, inclusive, durante el proceso de selección del candidato a gobernador a principios de 1950, ya que algunos políticos locales sintieron que se había favorecido su candidatura desde el centro, es decir, con el apoyo del presidente Miguel Alemán.

¹¹ Sobre todo, Jesús Márquez Carrillo, Wil Pansters y Patrice Melé son los que comparten esta visión.

Lo expuesto hasta aquí nos permite constatar el argumentó de Melé y Valencia Castrejón en el sentido de que el desarrollo político regional entre 1937 y 1960 mostró grados importantes de asincronía con respecto al sistema político nacional. (Melé: 1988: 68, Valencia Castrejón: 1995) Sin embargo, tal esquema de poder y su progresión hacia formas políticas más plurales a partir de los sesenta tuvo como base factores de otra índole, como la ausencia del antiguo vértice que cohesionó intereses. Pero, en realidad, este contraste marcado con el contexto nacional posrevolucionario ya tenía sus antecedentes, como vimos. Ya se señaló que Puebla experimentó un rezago político significativo, contrapuesto a su crecimiento económico; tal fenómeno se configuró desde la primera mitad de la década de los veinte y, sobre todo, en la de los treinta como lo ha sugerido acertadamente Melé (Melé: 1988: 73). Las reformas cardenistas de mediados de este decenio constituyeron un claro ejemplo que confirma el argumento anterior, puesto que no siguieron la misma línea desarrollada por el gobierno local. Pansters señala acertadamente que el desarrollo social, los movimientos populares, la reforma agraria, el movimiento obrero y la educación socialista fueron procesos abandonados en la dimensión local, lo que acentuó las diferencias entre la dinámica nacional y la regional (Pansters: 1998: 96).

Asimismo, coincidimos nuevamente con Melé cuando afirma que en el periodo 1937-1950 el status quo mantuvo su eficiencia en tanto lo acompañó un desarrollo económico que amplió el empleo y el crecimiento del mercado interno. No sobra decir que sirvió, a su vez, como medio de control social, pues se evidenció que las clases populares fueron maniatadas y el gobierno pudo mediatizar sus demandas particulares. El desgaste y posterior quiebre de esta forma particular de dominación comenzó a gestarse en la medida en que el crecimiento económico fue interrumpido por la crisis de la industria textil a mediados de los años cincuenta, la descapitalización del sector y la monoproducción de fibras de algodón.¹² A ello debemos agregar el debilitamiento de la dinámica del cacicazgo impuesto por el primogénito de los Ávila Camacho en la entidad, ya que sus continuadores no pudieron establecer uno con tales características.

En este mismo periodo, el rezago político efectivamente contrastó con lo que aconteció en el ámbito económico (Melé: 1988: 86). Pansters argumenta que la

¹² La crisis referida fue provocada por la contracción de la demanda estadounidense como consecuencia de la finalización de la Segunda Guerra Mundial y, posteriormente, de la de Corea. El impacto que esto provocó en la economía poblana fue resentido por la política local en la medida en que trastocó las viejas formas de control social y el pacto entre el gobierno y la clase empresarial.

descomposición dio inicio al aparecer una efervescente politización que empezó a radicalizar a los sectores medios ligados con el mundo universitario en los albores de los años sesenta (Pansters: 1998: 127). Las causas fueron variadas, pero sus indicadores, evidentes: se fue consolidando la ideología socialista en boga, se radicalizó el movimiento pro reforma universitaria en la Universidad Autónoma de Puebla, y las demandas por la apertura de canales de participación política, así como la voluntad de lucha ante la pérdida del poder adquisitivo por parte de la clase media y los sectores populares, fueron otros de los elementos fundamentales que incidieron en este desgaste (Pansters: 1998: 140). Pero, sin duda, el factor más importante, y el menos valorado por la historiografía local, fue la “orfandad” en que quedaron muchos políticos ante la ausencia del cacique que desarrolló un patronazgo político sin precedentes en la historia local. Su sola presencia generó confianza y certeza en las cúpulas empresarial y religiosa, además de fomentar distintos procesos de disciplinamiento político, cuestiones que no pudieron reafirmar los sucesivos gobiernos estatales.

Es cierto, como señala Pansters, que en el contexto de los años sesenta las fuerzas políticas de izquierda y, en general, las tendencias opositoras al modelo en cuestión tuvieron la oportunidad de encauzar sus demandas mediante la movilización social, lo que produjo el enfrentamiento directo con el gobierno. A su vez, la presencia de la izquierda provocó un reposicionamiento de la derecha poblana, que reaccionó violentamente para proteger sus intereses de clase. Sin embargo, las fracturas del grupo avilacamachista ya venían de años atrás, en particular desde que su hermano Rafael llegó al gobierno del estado a principios de los años cincuenta, como ya se ha señalado.

No obstante, en la década de los sesenta los conflictos en el ámbito nacional y regional se caracterizaron por su virulencia y conflictividad creciente, y, en un hecho inusual, la coyuntura local coincidió con la nacional: polarización y signos claros de desequilibrio institucional, así como una gran efervescencia política por parte de sectores sociales que empezaron a pugnar por cambios y reformas que favorecieran la emergencia de procesos de democratización en las escalas nacional y regional. Tales procesos propiciaron la caída de dos gobernadores; ambos con notable ascendencia avilacamachista, Fausto M. Ortega y Antonio Nava Castillo. Tal situación continuó durante la década siguiente, provocando la caída de Gonzalo Bautista O’Farrill en 1973, último gobernador con ascendente avilacamachista, aunque insistimos en el argumento de que, para esa fecha, el grupo prácticamente se había disuelto. La historiografía local considera que el avilacamachismo se ex-

tendió hasta ese momento, pero las evidentes fracturas del grupo en el transcurso de los años y su fragmentación a finales de los sesenta vuelven insostenible tal aseveración, puesto que para esa fecha sólo quedaban algunas reminiscencias del avilacamachismo en Puebla.

CONSIDERACIONES FINALES

El análisis revisionista de la dinámica de poder en Puebla en el periodo 1937-1965 nos permite apreciar regularidades y arritmias en sus pautas de comportamiento. En líneas anteriores hemos visto el proceso de surgimiento y progresión de un modelo de dominación sui generis en el contexto regional posrevolucionario. Modelo que puso fin a la tendencia de los primeros años, marcados por una inestabilidad que no fue sino el resultado de la crisis de legitimidad que experimentaron los sucesivos gobiernos posrevolucionarios en la entidad. La aparición de un modelo de poder regional que fincó su estabilidad en la cooptación de caciques locales, así como la represión de políticos disidentes, fue posible gracias al patronazgo llevado a cabo por Maximino Ávila Camacho, pero también a su capacidad de valerse del naciente aparato partidario para incorporar a sectores que se identificaron con su estilo personal de gobernar.

A su vez, algunos sectores sociales expresaron de manera rotunda y convincente su adhesión a los lineamientos trazados por el político de Teziutlán, con lo cual se sentaron las bases para el surgimiento de un grupo político sustentado en la autoridad y hegemonía del jefe de la camarilla. No podemos entender el desenvolvimiento del sistema político regional en este contexto si no estudiamos la influencia que sobre éste tuvo el primogénito de los Ávila Camacho, sobre todo a partir de mediados de la década de los treinta. Fue, sin duda, un personaje que influyó de manera importante a una generación de políticos que intentaron prolongar un modelo de dominación, aunque al final de cuentas no lograron configurar un cacicazgo con tales características.

La unidad del grupo y su fragmentación con el paso del tiempo es reveladora en muchos aspectos. En primer lugar, se constituyó como una élite local que tuvo como propósito fundamental controlar la política del estado y, más específicamente, las vías de acceso a los cargos públicos bajo la tutela de Maximino Ávila Camacho; primero en el ámbito regional, y después en la esfera federal. En segundo lugar, su

posición como *pater*¹³ –primero de una familia política biológica, y después de una familia política ampliada– se vio interrumpida cuando sobrevino su muerte en 1945, cuestión fundamental cuyo impacto en la reproducción del esquema de dominación regional no ha sido suficientemente valorado por la historiografía regional del periodo. Y en tercer lugar, la ineficacia de los sucesores para crear cacicazgos sólidos utilizando la estrategia empleada por el mayor de los Ávila Camacho en momentos de crisis y descontento social. Este último elemento es clave para entender el declive a mediados de los sesenta del modelo de dominación impulsado por el mayor de los Ávila Camacho en territorio poblano.

Como hemos visto, algunas de las explicaciones tradicionales y, por supuesto, aceptadas, tienen que ver con el aparente debilitamiento y desestabilización que experimentaron los gobiernos sucesivos, así como con la falta de eficacia de algunos gobernadores para establecer un pacto social. El argumento principal que maneja la historiografía local¹⁴ plantea que el derrumbe del avilacamachismo en Puebla fue resultado de la gran efervescencia política del periodo, aunada a una disminución de los niveles de bienestar, sobre todo de las clases medias y los sectores populares. Esto es cierto a medias, pues evidentemente la movilización social desgastó y puso en evidencia la nula capacidad de diálogo y negociación de los gobiernos en turno; sin embargo, da señales sobre la existencia de un problema más complejo y oculto en la trama de los acontecimientos generales. Y es que, independientemente de la tentativa de recomposición del grupo hegemónico, lo que saltó a la vista fue un vacío de poder ante la ausencia del cacique regional de antaño. Quienes intentaron prolongar un tipo de patronazgo político como el que configuró Maximino Ávila Camacho, no fueron capaces de reiniciar o establecer un nuevo proceso de disciplina política entre los miembros de la clase política regional y las fuerzas políticas emergentes.

En este sentido, la ausencia del *pater* jugó un papel preponderante, ya que ningún miembro del grupo fue tan temido y respetado como Maximino Ávila Camacho,

¹³ El concepto de *pater* alude en los estudios de antropología social a una paternidad por criterios sociales antes que biológicos (Radcliffe-Brown: 1974). Hoyes más usual que se tome del modelo patriarcal elaborado por Max Weber (Weber: 1983), el cual hace referencia a un tipo de líder que posee un reconocimiento por parte de un grupo, que pueden ser familiares, allegados y en general aquellos individuos que forman parte de su camarilla política. Se le reconocen sus cualidades como autoridad y como líder del grupo en cuestión.

¹⁴ Todos los autores coinciden en que el avilacamachismo fue un sólido modelo de dominación al que sólo trastocó a la emergencia de movimientos sociales y el poco apoyo que tuvieron de parte del gobierno federal algunos gobernadores del estado. Así, Jesús Márquez Carrillo, Sergio Valencia Castrejón, Wil Pansters, Lucino Gutiérrez Herrero y Patrice Melé comparten este argumento, con pequeñas variaciones, las cuales no podemos comentar en este trabajo por cuestiones de espacio.

lo que a la luz de los hechos explica por qué algunos gobernadores como Fausto M. Ortega y Antonio Nava Castillo, e incluso Gonzalo Bautista O’Farril –aunque nuestro análisis no incluyó su periodo de gobierno, por considerarlo un momento coyuntural que dio paso a la transición–, no lograron el mismo apoyo de algunos sectores de notable importancia como la burguesía y el clero poblanos. Asimismo, no pudieron reproducir tipo alguno de disciplina política ni fomentaron las alianzas grupales y familiares para intentar prolongar así la estructura de dominación de corte familiar que fomentó el mayor de los Ávila Camacho.

En los años sesenta los miembros de la clase política formados bajo la batuta de Maximino Ávila Camacho no fueron capaces de establecer una hegemonía política tal como lo hizo el general de Teziutlán. El descontento social, la reducción del crecimiento económico, así como la pérdida del poder adquisitivo de las clases populares fue la gota que derramó el vaso y que permitió el quiebre de esa forma de dominación, pero ante todo, mostró la debilidad de los representantes del poder político estatal y la añoranza de un cacicazgo que encauzara los conflictos y favoreciera la disciplina política entre los miembros del grupo avilacamachista.

BIBLIOGRAFÍA

- BALMORI, Diana (1994). *La participación de la familia en la construcción de los países de América Latina*, México: Siglo XXI.
- HERNÁNDEZ ENRÍQUEZ, Gustavo Abel (1986). *Manuel Ávila Camacho. Biografía de un revolucionario con historia*, Puebla: Gobierno del Estado de Puebla.
- . (1987). *Historia moderna de Puebla*, 2 tomos, México: Edición del autor.
- GONZÁLEZ NAVARRO, Moisés (1977). *Anatomía del poder en México, 1848-1856* México: El Colegio de México.
- GUTIÉRREZ HERRERO, Lucino y Miguel Gutiérrez Herrero (1989). *Fuerzas políticas y comportamiento electoral. Geografía del poder y del sufragio en Puebla*, México: UAM.
- JUÁREZ LUCAS, Patricio (1999). *Conflictos políticos en el estado de Puebla: 1916-1928*, Puebla: tesis de licenciatura, UAP.
- KNIGH, Alan (1993). *Caudillos y campesinos en la Revolución mexicana*, México, FCE.
- MÁRQUEZ CARRILLO, Jesús (1988). *Los orígenes del avilacamachismo*, Puebla: Tesis de licenciatura Puebla, UAP.

- MELÉ, Patrice. (1988). *Geopolítica del estado de Puebla. Elecciones, poderes y conflictos*, Puebla: Instituto de Ciencias-GERNIKA.
- . (1989). *Poder local, poder regional, perspectivas socio-antropológicas*, México: El Colegio de México.
- PANSTER, Wil (1998). *Política y poder en México: Formación y ocaso del cacicazgo avilacamachista en Puebla, 1937-1987*, Puebla: FCE-ICSYH, Universidad Autónoma de Puebla.
- PARÍS POMBO, María Dolores (1999). “*Modernización política: Las élites regionales periféricas*,” México: ponencia presentada en el congreso SCOLAS.
- PERAL, Miguel Ángel (1979). *Diccionario histórico, biográfico y geográfico del estado de Puebla*, Puebla: Editorial Pac.
- RADCLIFFE-BROWN, Alfred (1974). *Estructura y función de la sociedad primitiva*, Barcelona, Ediciones Península
- RUIZ SÁNCHEZ, Joel (1998). *La violencia como expresión del poder durante el gobierno de Maximino Ávila Camacho en Puebla*, Puebla: Tesis de licenciatura, BUAP.
- SÁNCHEZ LÓPEZ, Rogelio (1992). *La institucionalización: una historia de los derrotados*, Puebla: Tesis de licenciatura, BUAP.
- SMITH, Peter (1981). *Los laberintos del poder. El reclutamiento de las élites políticas en México*, México: El Colegio de México.
- VALENCIA CASTREJÓN, Sergio (1995). *Poder local y política nacional en México. El gobierno de Maximino Ávila Camacho en Puebla*, México: INEHRM.
- WEBER, Max (1984). *Economía y sociedad*, México: FCE.